

Ester Colero

Rafael Belmonte Agüera

A **MAGDA** su médico le aconseja que camine diariamente. **IVÁN**, su pareja, la acompaña durante la caminata.

ESCENARIO:

Cualquier escenario puede servir, con sitio por donde ir y venir (caminar, mientras se dialoga).

PERSONAJES:

IVÁN. -

MAGDA. -

*Ambos caminan sin rumbo fijo por la sala o el escenario
o donde quiera que estén.*

IVÁN, *acompañándose de auriculares y bailoteando,
a ritmo de rap, entona.*

IVÁN: Soy ese tipo ideal/ Honrado y superficial// Infectado de tisis cerebral//
Tan conveniente para el caudal// Camino entero// Camino altivo// Ignoro que
estoy jodido// Vago adormecido// Ni crisis ni EREs// Ni falsos poderes// En el
pueblo entero// Quien manda es el dinero// En mi pueblo entero// Quien
gobierna es el banquero// El banquero y su dinero// El dinero y su banquero//
Quien gobierna el mundo, ¡sí!//, es el banquero, su dinero, sí// Banquero,
dinero. Dinero, banquero...

MAGDA: *(A unos pasos por detrás de IVÁN)* Óyeme, tú, “*Guol Estrit*” cantarín,
espérame.

IVÁN: Mira que te mediatizo *ipso facto* a base de *letritas*. Deja de llamarme así,
berenjenita, me avasallas. ¿Por qué me rompes la inspiración?

MAGDA: Para que no cantes eso, que me perturbas el ambiente, el oído y la
paz del caminante. No sé cómo te puede gustar esa música tan desastrosa.

IVÁN: Pues a mí me atrapa el ritmo, no lo dudes. Confía en tu letra, te notarás
avanzar. Tú y también el paisaje. Improvisa, no te contengas, alucinarás.

MAGDA: Molestas al vecindario. Interrumpes al personal con tu monotonía.

IVÁN: Pero si por aquí ni vive ni nunca pasa nadie. Voy a perturbar yo. Me
aburres. El médico te aconsejó a ti caminar una hora, no a mí. Y no a paso de
oca, precisamente. Lo dijo así: no ande usted como si fuera un pato; hágalo
como si tuviera prisa. Pues aligera, maniquí, o no te acompaño más.

MAGDA: Ese médico es un exagerado, un impaciente, y un teatrero. Y no me va nada eso de maniquí y lo sabes. Es provocador, inoportuno, machista.

IVÁN: En hueso, con el machismo y la “modernísima” revolución de las féminas, Magda *amantísima*.

MAGDA: Para. Para, Iván. Vamos a ver, ¿te agradecería que yo te llamara a ti “cuerpo”?

IVÁN: Pues tampoco me desagradaría especialmente, no creas.

MAGDA: Bueno, los hombres sois harina de otro costal. Además, resulta difícil razonar contigo. En opinión de alguien que no te conozca, podrías ser un mameluco, directamente. No es algo que nos convenga a ninguno de los dos.

IVÁN: (*¿Por despistar?*) Mira qué niña más hermosa.

MAGDA: ¿Dónde?

IVÁN: Pues aquí, delante de nosotros.

MAGDA: Tú ves de más. Comer tanto repollo en las cenas no puede ser sano.

IVÁN: ¿Repollo? ¿Cuándo me has visto tú a mí comer repollo? Tú sí que vives trastocada. En cuanto te hago caminar un poco, te pones como una moto.

Aunque solamente por dentro. Te falta el acelerón externo. Ese que te puede llevar a las estrellas, pimpinela, como un cohete. Mira (*descubre la muñeca, fea, a falta de una pierna. O no: imaginaria*). Mírala. Mírala, mujer. ¿No te lo permite tu “femini-machismo”, o tu “machi-feminismo”? Mírala, te digo.

MAGDA: Calla, ingrato botarate. De hermosa tiene lo justo. Qué horror.

IVÁN: No hablemos de horrores. No hablemos. Contéplate; te alimentas de la nada, espiritualmente. Aparentas tener menos sensibilidad que un banquero.

MAGDA: Pues a esta le falta un ojo. El izquierdo, o el derecho. Según se mire.

IVÁN: Porque es tuerta. A lo mejor nació así. O quizás lo perdió en el camino de la vida, de tanto mirar. A saber qué vieron sus ojitos, si tuvo alguna vez los dos.

MAGDA: En el camino de la vida... Ahí te has dejado tú la sensatez. ¿No ves que también le falta una pierna? No podrá mantenerse en pie.

IVÁN: Claro, claro que lo veo. Te crees que estoy ciego, pero no lo estoy. Veo perfectamente, cuando miro. Yo la sostendré. Déjame soñar, mientras tanto.

MAGDA: Ella no caminará. Nunca. Eres un majadero, estamos despiertos.

IVÁN: Qué sabrás tú de sueños. Soy el majadero de mi majadera.

MAGDA: Anda, sí. Vamos a seguir camino.

IVÁN: Pero, ¿qué seguir?, ni qué... Yo ya estoy pensando en qué nombre ponerle. Tenemos que bendecirla, no sea que aún quede alguien en las alturas de seno generoso. Para acogerla, digo, en su seno, ese alguien querrá las cosas en regla.

MAGDA: ¿Qué insinúas?, pervertido blasfemo. Además, sería la primera vez que te dedicaras a pensar así en seco y de repente. Dime que no, atrévete.

IVÁN: Podríamos llamarla Mariló, como tu madre; o... o... Regina, como la mujer esa con la que tanto platicas, esa que no se despegaba ¡ja! de tu párroco ni a sol ni a sombra. O Lídice, como la cursi de tu cuñada. No, no, que no sé yo quién es más cursi, si ella o el nombre que la identifica.

MAGDA: No cambias. Desde siempre te ha revuelto las tripas mi cuñada. Cosas.

IVÁN: O Atenea, la mítica hija de Zeus, le sería propio totalmente.

MAGDA: ¿Atenea? ¿Qué le pasaba a esa?

IVÁN: Qué incultura la tuya, mujer. Atenea nació ya formada, crecida en la frente de su padre. Tan grande como mi niña, o más. Mi niña canela. Mi niña de miel.

MAGDA: Vaya un chollo la Atenea esa. ¡Cuánto se ahorraron en pañales sus padres! Estás más viejo de la edad que aparentas. Y más trastornado de lo que yo suponía.

IVÁN: Ay, pobre, mi niña de miel, tiene tres manchitas oscuras aquí. ¿Será sangre seca? La habrá atacado algún desalmado. ¿Las ves, pipiola?

MAGDA: Huy, sí. Malo, malo. ¿Sabes qué puede significar también eso?

IVÁN: Pues no. Dímelo tú, sabihonda Magda... ¿Pueden ser las manchas del tiempo? O del tiempo que hace que está sin lavarse, sin ser cuidada, o incluso amada. Pobrecita, mi pequeña, mi niña. Yo te mimaré.

MAGDA: No, Iván el Terrible, temo que esas tres sean las señas superficiales de identidad de algo mucho más profundo, peligroso, tenebroso: la llamada “tríada oscura”.

IVÁN: ¿A cuento de qué viene ahora la guerra esa de las galaxias?

MAGDA: Ah, Iván, qué inútil. No, quiero explicarte que tu niña podría ser portadora de unos genes malandrines que inclinaran su vida hacia la incertidumbre. Hacia un acantilado misterioso que ni en los peores de tus sueños querrías conocer.

IVÁN: ¡Ahí va! Como sigas por ese derrotero es a mí a quien se la va a ir la olla.

MAGDA: Ese lunar quizá sea el reflejo de un gen que anuncie... Resumiendo, que podríamos estar mirando a una narcisista empedernida, cuando sea mayor.

IVÁN: Bueno, no es grave. Todos nos miramos en algún espejo, cari. Incluso tú lo haces. A saber qué ves. Ya me lo contarás algún día.

MAGDA: Ya, ya; pero. Imagínate, esa otra manchita, que fuese el reflejo del gen del maquiavelismo más puro. ¡Qué terrible desilusión! ¡Qué desencanto, para ti!

IVÁN: Y eso del maquiavelismo es grave, grave, naturalmente.

MAGDA: Manipular, explotar a los otros, por ejemplo. Y cosas mucho peores.

IVÁN: Esto se pone feo, calabacita. Aunque eso subiría la cuenta corriente de alguien. ¿Y esta, la última?

MAGDA: El gen de la psicopatía. Pon que tu niñita sea una peligrosa psicópata. Una asesina. Una asesina en serie de tipos honrados y superficiales como tú.

IVÁN: ¿Sólo de hombres? Has conseguido asustarme, “meloncita”. Aunque con este tamaño que tiene, pongo en cuarentena tus argumentos, con tu permiso.

MAGDA: Cosas mucho más extraordinarias se han visto. En la vida real, claro está.

IVÁN: ¿De dónde te has sacado tú eso de la tríada negra?

MAGDA: No negra, oscura. De mis lecturas, cabezota.

IVÁN: Berzotas, vaya unas lecturas que te cascás. Leyendas urbanas.

MAGDA: Lo he leído en una revista científica. En el dentista.

IVÁN: Esos sí que son un peligro público. Pobre niña, mi niña. Genes, tú. Ni uno.

MAGDA: Por fin te ha hecho la digestión la merienda. Hay que darse cuenta.

IVÁN: Haremos honor al terruño del que la desenterramos. Ya ves, niña mía, tienes tu nombre escrito en la frente, en el pelito, en las manitas. Va a ser que se llamará Ester Colero. Ester, de nombre y de apellido, Colero. Amén.

MAGDA: Esto no es ningún ester...

IVÁN: Solucionado nombre y apellido. Estarán contentos en las alturas.

MAGDA: Pues solucionado. Ahora deberíamos apresurarnos. En casa nos espera el repollo ya hervidito.

IVÁN: Repollo... ¿Qué hacemos con Ester? ¿La invitamos a cenar? ¿Le gustará tu repollo?

MAGDA: Seguro que no, majara. Que estás majara. ¡Qué vamos a hacer con ella! Dejarla en donde la has encontrado. O en un sitio parecido. Es su sino.

IVÁN: No podría, melocotoncito. Me lo reprocharía cada mañana al despertarme. Para mí es un ser vivo. Ya habita en mi corazón. No sé si es la niña de miel de mis sueños, pero he de darle una oportunidad. Bueno, una a ella y otra a mí.

MAGDA: Estás idiotizado. Crees lo que te imaginas. Eso te matará.

IVÁN: ¿Sabes qué me matará a mí? ¿Lo quieres saber? Haber vivido, como a todos. O tu repollo, como me pille al descuido el estómago.

MAGDA: Arreglado, pues guárdale un poco de cena y se la traes después.

IVÁN: Sí, luego de comer no me mueve a mí ni una *primitiva* premiada.

MAGDA: Habría que verlo eso. Ocúpate de los vivos. Preocúpate de mí. Suéltala a ella. ¿Oyes? Suéltala. Mírame a mí, sabandija. Mírame a mí.

IVÁN: No te enfades. Vale, voy a esconderla aquí. Será mi amor secreto. Pasaré a verte todos los días, al atardecer. Hasta mañana, Ester, mi niña de miel.

MAGDA: Eso, concluido entonces. Hasta mañana. Cómo está este hombre.

IVÁN: *(Sale, cantando)* Si tú quieres ser // mi ser, Ester // porque yo ya te quiero // Ester Colero // Mi niña de miel // Si tú quieres ser // mi ser, Ester // porque yo ya te quiero.

OSCURO.